

## Una entrevista en remojó

CANTACLARO estaba en el baño cuando supo que tenía una visita. En tal estado creyó que nada perdía con recibirla como estaba, porque el pudor, si la visita era masculina, no habría de sufrir gran cosa, y si era femenina.... por consiguiente. Y salvada la cuestión del pudor, lo demás tenía poca importancia ante la frescura de la situación.

Abrióse una puerta y entró la visita. Primera decepción: no pertenecía al sexo opuesto. Segunda, el visitante era un interviewer: el señor Eteocles Lorini, gran economista *pour l'exportation*, que se había hecho un lío con las finanzas argentinas y venía á verme para que le diera luz.

Hícele notar la que entraba por la ventana, y como me manifestara que no le bastaba, me dispuse á recibir entrambos chorros, el de la curiosidad financiera de Eteocles y el de la ducha helada al par que higiénica.

Y empezó Lorini:

— Te confieso ¡oh grandioso Cantaclaro! que no entiendo jota de lo que pasa en este país.

— ¡Como que la jota no es letra italiana!

— Si, ya sé que es un baile español, pero no entiendo gran cosa de danzas, y aquí voy perdiendo lo que sabía de finanzas.

— Debo advertirte, Eteocles amigo, que si me hablas en verso cierro la ducha y la ventana y te quedas del todo á oscuras.

— Pero ven acá, irascible Cantaclaro y dime: ¿como demonios podeis vivir con moneda averiada, presupuestos en deficit, bancos quebrados sin liquidar y Berduc de Ministro de Hacienda?

— Mejor que si no tuviéramos moneda de ninguna clase, ni presupuestos de papel maché, ni quebraduras bancarias, ni un ministro de origen asiático.

— Cierto es lo último que has dicho: á indo ó á persa me suena ese nombre.

— Es lo único que le suena porque el dinero ya habrás visto que aquí no suena.

— Pero se rompe á la primera postura.

— Para proteger la industria nacional: materias primas extranjeras, máquinas importadas, obreros inmigrantes. Solo que pusimos á Villanueva para dirigir la faena y así ha salido ello.

— A todo esto, no me dices Cantaclaro tu opinión sobre las finanzas de tu país.

— Antes pensaba que eras tu el más indicado para darla.

— Sí, la daré á su tiempo y desde Roma para mayor seguridad, pero entretanto necesito saber la de los hombres dirigentes del país, y como me han dicho que tu...

— Como dirigente me recuso; pero á claridades nadie me gana.

— Empieza pues. ¿Estáis mal, verdad?

— No; como esten, no estamos mal porque estamos peor.

— ¿Peor que qué?

— Peor que quien quiera, aunque parezca que tosemos en vez de hablar.

— ¿Y la solución?

— En el número próximo.

— Pero ¿es una charada?

— Es un enredo de tres mil diablos. Por de pronto podríamos empezar con un gasto.

— ¿Y el equilibrio financiero?

— Gasto pequeño: viaje de los miembros, el Presidente, el Congreso y alta administración, á Europa.

— ¿De ida y vuelta?

— Por de pronto de ida. Para la vuelta ya veríamos el modo de impedirlo.

— Mucho dinero se necesitaría.

— Con el mismo que se les da para hacer lo que hacen, podrían estar sin hacer nada y á todos nos iría tan ricamente. Además quizá algun empresario inteligente quisiera explotar el negocio en Europa: gran exhibición en París. Ya estoy viendo desde aquí el éxito.

— Dudoso me parece.

— Sin embargo Juan Moreira gustó en España.

— Y quebró el empresario.

— Esto sería lo de menos. Peor es que quiebre el país.

— ¿Y quien gobernaría entretanto?

— Su excelencia Nadie.

— ¿Y de que hablarían los diarios?

